

LOS LIBROS

ENSAYOS

VOLTAIRE, de *André Maurois*.

Pocos hombres de letras más afortunados en su existencia que Voltaire. No obstante las persecuciones que padeció, todo en él parecía que estaba destinado a darle fortuna y gloria, es decir, a colmar su vida de felicidad. Su vida amorosa fué variada como convenía a su espíritu inquieto y ávido de sensaciones nuevas; tuvo la riqueza material que necesitaba para llevar una vida independiente y satisfacer sus ansias de placeres mundanos, propios de un epicúreo; y, por último, atesoró su espíritu de los más diversos conocimientos, lo cual le dió la categoría de enciclopedista. Su espíritu fué tan múltiple y se manifestó en tan diferentes actividades, que puede decirse, dada la influencia que ejerció en su época, que todo el siglo XVIII está impregnado del espíritu de Voltaire.

Si su obra literaria es interesante y sigue todavía preocupando a historiadores y críticos, su existencia no lo es menos; conozcamos algunos aspectos de ella, y podremos decir que si Voltaire escribió novelas amenísimas, la novela de su vida subyuga como la mejor de sus obras. Amó la vida y supo gozarla en todas sus formas; los placeres del cuerpo y del espíritu se dieron frondosamente en su existencia. Dos cosas debemos admirar en Voltaire: su dinamismo, en virtud del cual sus actividades se repartían entre el amor, el comercio y las letras; y la jovialidad de su espíritu, sin que jamás se ensombreciera aún en los días de la prisión, atento siempre a todas las palpitaciones

políticas y sociales de su época, pronto a apabullar a sus adversarios con su clásica ironía o a exaltar la libertad amagada por el fanatismo dominante. Este último aspecto de Voltaire es el más conocido; lo hemos sabido demoledor y mordaz y enemigo implacable de la Iglesia y de Luis XIV. Pero su psicología era más compleja. Así, al menos, podemos deducirla de la biografía que de él ha hecho Maurois, aun cuando en ella Maurois aporta escasas novedades (1).

Es Maurois un biógrafo ameno que hace revivir a sus biografiados, presentándolos con todo el calor humano que tuvieron en vida. Así, vemos a Voltaire enamorado de Mme. du Chatelet, inclinando amorosamente su figura esquelética, sin poder abandonar su sonrisa mordaz, porque se había estereotipado en su labios finos y apretados, como lo inmortalizó Pigalle en el mármol; negociante de relojes en Ferney; cortesano altivo en la corte de Federico el Grande, y siempre un espíritu vigilante de la libertad humana. «La lucha por la libertad de pensamiento—escribe Maurois—, que sus amigos los enciclopedistas habían emprendido y que no podían continuar en París sin peligro, iba a ser dirigida por él desde su retiro. Contribuyó a aquella lucha con su ingenio y su fantasía, una infinita variedad de formas, una deliberada uniformidad de ideas». Acaso por ello el prestigio que ha gozado entre los jacobinistas, no obstante ser Voltaire un espíritu eminentemente aristocrático, que despreciaba a la multitud y la popularidad. Decía, en el momento de su apoteosis a su regreso a París, que esa misma multitud que lo aclamaba habría ido a verlo al cadalso.

Maurois nos hace una historia sucinta de la vida de Voltaire, juzgando al mismo tiempo su labor literaria y filosófica, con la claridad y amplitud de criterio suficientes para colocarlo en su justo valor de maestro de la lengua francesa y de excelente periodista. Según Maurois, la única obra de Voltaire que hoy se lee es la «nouvelle» «Cándido». Respecto a su labor filosófica, dice que ella es endeble y que no resiste un análisis serio; hay, como en toda su obra, trivialidades y excelen-

(1) *Voltaire*, de André Maurois, traducido del inglés, por Guillermo Alvarez C.—Editorial Ercilla. Santiago de Chile.

cias; pero, sobre todo encontramos claridad, medida, buen gusto y esa ironía que ha pasado a la posteridad con el nombre de su creador.

La reconstrucción histórica, la evocación de las costumbres, la pintura de los numerosos personajes que actúan alrededor de Voltaire, todo ello le da a esta obra el clima histórico indispensable para sentirnos inmersos en la época en que vivió Voltaire, y, depurada de erudición, debemos reconocer que Maurois mantiene, con esta obra, su prestigio de biógrafo ameno, cuyas vidas ilustres se leen con la apasionada atención que despiertan las obras meramente recreativas.—*Milton Rossel*.

MUSSOLINI Y EL FASCISMO, por el prof. *Ferdinand Güterbock*. (1)

Sea cual fuere la actuación de Mussolini, lo cierto es que aparece ante nosotros como la figura más interesante del panorama de la política contemporánea. Muerto Lenin, Mussolini es la única personalidad de verdadero relieve histórico que ha producido esta época amorfa y turbulenta. Lenin y Mussolini han tratado de darle estilo, una fisonomía propia, alterando violentamente su ritmo histórico; el uno con frialdad asiática; el otro con fervor meridional, no exento de histrionismo. Corresponde a la historia dar su juicio definitivo sobre la labor política que han iniciado estas dos figuras egregias, que desde planos diferentes, colocadas a la misma altura, se repelen, yendo ambos por distintos caminos hacia un mismo fin. Ambos son discípulos de Maquiavello y ambos se han valido de la violencia para la consecución de su política. Nosotros, faltos de la perspectiva que da el tiempo, carecemos de la serenidad indispensable para que nuestros juicios sean justos y desapasionados, ya que somos beligentes en esta contienda social que agita el pensamiento contemporáneo.

De ahí que todo libro que se escriba acerca de estos conductores de pueblos, tiene que resentirse de partidismo, aun cuando

(1) *Mussolini y el fascismo*, del prof. Ferdinand Güterbock.—Editorial Ercilla.—Santiago de Chile.